

en este dominio cuestiones que pudiéramos llamar últimas. Basta para hacerlo presente pensar en que, si se deja por fuera el problema de los límites y extensión geográfica que plantea la supervivencia de una significación en un pueblo o comunidad lingüística cualquiera, la constancia y regularidad de ciertos procesos para afianzar y conservar en nacionalidades heterogéneas con un mismo término una misma creencia, un mismo concepto, un mismo sentimiento; en suma, una misma actitud espiritual ante ciertos fenómenos, es suficientemente reveladora de una complejidad que no por trascender los linderos de la palabra y de la ciencia del lenguaje deja de tener en una y otra su más sólido apoyo y su adecuada explicación. Este apéndice, aisladamente considerado, basta para medir por él la altura con que cada cuestión está tratada en el *Diseño de semántica general*. Un recuento o un examen, siquiera parcial, de las muchas incluídas allí no es tarea propia para esta oportunidad en que sólo se buscaba destacar la indudable trascendencia de este suceso bibliográfico que vuelve a llevar a los espíritus la inquietud por una disciplina tan ardua y fecunda en la que el P. Restrepo, verdadero maestro, ha dejado el mejor tratado de lengua castellana.

FERNANDO ANTONIO MARTINEZ

AVELINO HERRERO MAYOR, *Apuntaciones lexicográficas y gramaticales*.

Más de mil anotaciones etimológicas, semánticas, prosódicas, y sintácticas. Buenos Aires, Editorial Kapelusa y Cía., 1947, 279 págs.

El aplaudido filólogo argentino Dr. D. Avelino Herrero Mayor ha publicado, bajo el título *Apuntaciones lexicográficas y gramaticales*, un nuevo libro, contentivo de más de mil anotaciones etimológicas, semánticas, prosódicas y sintácticas, que arroja raudales de luz sobre la lingüística hispanoamericana.

Admiro en ese trabajo, con especialidad, dos cosas: la erudición etimológica y la riqueza del lenguaje, característica del autor.

De lo primero tendríamos mucho que hablar, pero prefiero no hacerlo. La etimología es una ciencia, dijo Voltaire, en que las vocales no tienen nada que hacer y las consonantes muy poco. Quevedo — según lo recuerda Herrero Mayor en su precioso libro— ya había aducido: “La etimología es una cosa más entretenida que demostrada. Los etimólogos dicen que averiguan lo que inventan”. Y el autor, de su propia cosecha, agrega: “Hay cientos de voces de nuestro idioma cuya estirpe y significación andan confundidas en una nebulosa lexicográfica semejante al caos que precedió al cosmos”.

De todas suertes, hay que convenir en que el lenguaje de que nos valemos para la emisión de nuestros pensamientos es producto de la

constante lucha que mantienen desde tiempo inmemorial dicha etimología y el uso, y en que dijo una gran verdad don Juan de Iriarte al llamarlos, en los *Orígenes de la lengua española*, “poderosos caudillos que tienen desde tanto tiempo tiranizada la república de las lenguas”.

Prescindir de lo primero, a pesar de los inconvenientes apuntados, es imposible. Mi ilustre amigo chileno Dr. D. Adolfo Valderrama consignó: “El idioma como los árboles vive por sus raíces, por su origen, por la base fundamental de su existencia misma. Arrancarle esta base es matarlo, borrar su historia, transformarlo en utensilio, a él que es el pensamiento humano hecho carne, a él, sin quien el alma humana sería un sueño”. Y olvidarse de lo segundo entrañaría imperdonable error. El escritor cubano Suárez Solís sienta a este propósito: “Las palabras salen todos los días del Diccionario en busca de un poco de movimiento, de actividad, de reparación gimnástica. Desentumecen sus acepciones en el juego de los conceptos y al sol de la popularidad. En cada porción del clima del idioma, en cada provincia sintáctica, la palabra toma un color, una talla, un donaire, una figura, una intención peculiares”.

Avaloran asimismo esta producción otros luminosos aspectos que dicen relación con la semántica, la prosodia, la sintaxis y la ortografía castellanas. Sus observaciones prosódicas han traído frecuentemente a mi espíritu el recuerdo de los maestros Bello y Cuervo y de mi sabio amigo el padre Ragucci, cuyas obras *Palabras enfermas y bárbaras*, *Cartas a Eulogio* y *Más cartas a Eulogio* tengo siempre junto a mi cacerera.

En hecho de semántica convenimos con el reputado autor en que en rigor de verdad no existen sinónimos perfectos, de acuerdo con Roque Barcia: “*Sinónimo*. Adjetivo que se aplica a las voces y expresiones que parece tienen una misma significación”; con la Academia Francesa (Prólogo al Diccionario de la 6ª edición): “No hay, en una misma lengua, dos expresiones que tengan exactamente un mismo valor”, y con Guizot: “Les synonymes, d’après une étimologie rigoureuse, sont des termes qui ont le même sens; on a modifié cette acception, et on appelle synonymes les termes dont le sens a des grandes rapports, et des différences légères, mais réelles”.

Y en materia ortológica, si en general el autor sustenta ideas que conforman con las de los tratadistas antes citados, a las veces éstas merecen su opugnación. Se halla de perfecto acuerdo con Ragucci en cuanto a la pronunciación de *demagogia*, *síndrome*, *pródromos*, *tifoida*, *diabetes*, *disentería*, *peritoneo*, *anhídrido*, *Rumania*, etc.; mas se halla en disconformidad con él, con los padres Restrepo y Morales y el profesor Selva, por lo que respecta a la escritura de *sicología* y *sicológico*. Efectivamente; en cierto pasaje exclama: “*Neumático* y *seudónimo* han perdido la *p*. *Psicología* la tiene... hasta que la pierda”. Esto, no embargante su observación de que *sicología* es el tratado de los higos.

Llego con esto al único punto en que nos encontramos en desacuerdo con el laureado autor de *Presente y futuro de la lengua española en América*. El no es otro que el relativo a la forma en que deben escribirse *Méjico* y *mejicano*.

No se trata de un problema ortológico, caso en el cual tendría aplicación "la consideración al principio de respeto tradicional que merecen los nombres sancionados por la misma región que los nombra". Es éste un asunto pura y simplemente de carácter ortográfico. Ello no admite discusión, porque nadie pronuncia ni en el propio Méjico, *méxico* y *mexicano*.

La misma Academia, que con sus vacilaciones da base a la diferente apreciación del problema, es decir, que crea el problema, registra en el Diccionario oficial *Méjico* y *mejicano*. Lo propio hace en el *Diccionario Manual*, donde figura *mexicano* como subordinado a *mejicano*, que es la voz definida.

El asunto de la "consideración", al decir de Malaret, "no incluye la obligación perentoria de inscribir en el léxico palabras defectuosas, que no aumentan (enriquecen) el idioma, sino que lo enturbian". Es el caso claro de *México*.

Veamos. Lo mismo el Diccionario oficial que el otro que registra las palabras en observación, consignan: "J. Su nombre es jota y su sonido una fuerte aspiración". "X. Antiguamente representó dos sonidos. Actualmente sólo se usa con el valor de *ks* o *gs*".

¿No es ésta una prueba terminante de las vacilaciones inexplicables de la docta Corporación?

El proceder académico tiene otra consecuencia grave, cual es el efecto que sus contradicciones tiene que producir inevitablemente en el ánimo de la juventud. Se me ocurre que decir al niño una cosa y mostrarle otra distinta — que es lo que se hace cuando se le enseña que la *x* perdió su antiguo valor de *j* y se le atribuye ese valor en *México* —, es imitar al indio que en su combate de bolas con Martín Fierro "lo amenazaba con una y le tiraba con otra". (Ver, a mayor abundamiento, *Más cartas a Eulogio*, págs. 98 y 99).

No he de poner término a estas líneas sin dejar constancia expresa de mi honda gratitud al erudito escritor por el obsequio de su macizo trabajo y por la honra que en él me dispensa citando mi nombre veces repetidas con elogios hijos de su infinita bondad.

CARLOS MARTINEZ VIGIL